

**Sin consejo, los planes fracasan;
pero con muchos consejeros, prosperan. Proverbios 15:22 – Una historia proverbialPor
Ted Hildebrandt y Chagp**

En un exuberante valle enclavado entre dos montañas, la aldea de Elderglen había prosperado durante generaciones. Sus habitantes eran conocidos por su unidad y sabiduría, y las aldeas vecinas los buscaban con frecuencia en tiempos difíciles.

Pero cuando una plaga azotó sus huertos una primavera, el pánico sustituyó su armonía habitual. Los árboles dieron frutos ennegrecidos, y las hojas se curvaron y cayeron mucho antes del soplo del otoño. Para un pueblo que vivía de sus cosechas, esto era una sentencia de muerte.

El jefe de la aldea, Carson, era un joven apasionado pero con poca experiencia. Impulsado por la urgencia, declaró: «Debemos quemar las arboledas infectadas inmediatamente y plantar de nuevo. Es la única manera».

Algunos aldeanos asintieron, desesperados por actuar. Pero una anciana llamada MacKenzie dio un paso al frente. «Jefe Carson», dijo con suavidad, «una decisión así no se puede tomar con prisa. La tierra es antigua, y también lo son sus dolencias. Debemos buscar consejo».

Carson frunció el ceño. «No tenemos tiempo. Cada día que esperamos, la plaga se extiende».

Aun así, MacKenzie insistió. «Sin consejo, los planes fracasan, pero con muchos asesores triunfan», citó el viejo proverbio.

De mala gana, Carson aceptó convocar un consejo.

Llamó al herbolario del pueblo, quien ya había tratado cultivos enfermos. Trajeron a un viajero que había visto una plaga similar más allá de las montañas. El herrero, aunque no era agricultor, entendía la tierra desde la arcilla de la forja y ofreció sus conocimientos. Incluso los niños que pasaban horas entre los árboles compartieron lo que habían notado: hormigas huyendo de las raíces y un olor extraño en el viento antes de que apareciera la enfermedad.

De cada voz salió un fragmento de la verdad.

Pronto descubrieron que la plaga no era una enfermedad de los árboles, sino del suelo, envenenado por un hongo verde tóxico que prosperaba en las sombras húmedas.

Quemar los árboles habría propagado aún más las esporas, arruinando las cosechas futuras.

En cambio, limpiaron la maleza para que la luz solar llegara a las raíces, mezclaron ceniza y arena con el suelo para secarlo y plantaron hierbas conocidas por repeler la propagación del hongo.

Fue un trabajo lento, y la primera temporada rindió poco. Pero para el otoño del año siguiente, el verde volvió a la arboleda, y la fruta, aunque escasa, era sana y dulce.

Carson se paró bajo una rama cargada de fruta y se volvió hacia MacKenzie . «Casi nos condené por mi certeza».

Ella sonrió, apartándole una hoja del hombro. «El liderazgo no es saberlo todo, Carson. Es saber cuándo escuchar».

Desde ese día, la aldea celebró una reunión mensual, donde cualquier voz podía ser escuchada y compartir sabiduría. Elderglen se fortaleció, no solo en cosecha, sino también en corazón: un lugar donde el consejo se valoraba tanto como la valentía, y la unidad era su cosecha más rica.

Carson alzó la voz para que todo el pueblo pudiera oír. Declaró que el antiguo proverbio debía grabarse en piedra a la entrada del pueblo: «Sin consejo, los planes fracasan, pero con muchos consejeros prosperan» (Proverbios 15:22).